



invent FAIRY TALES

Cuenta, Crea y Juega

Los textos que presentamos aquí son unas reescrituras de las versiones tradicionales de cinco cuentos clásicos. Los progenitores y los educadores pueden leerlos tal cual o pueden usarlos como guía para contar los cuentos libremente, de una manera más sencilla, teniendo en cuenta la edad de los niños.

Presentamos los cuentos de Caperucita Roja, Hänsel y Gretel, El Gato con Botas y Los Músicos de Bremen, con adaptaciones y reducciones didácticas, en sus versiones de los hermanos Grimm. Cenicienta también, como muchos otros cuentos, es obra de los Grimm. Sin embargo, para el texto propuesto, hemos preferido ofrecer la versión de Charles Perrault, en parte porque es más inmediata y menos articulada, y en parte porque el personaje del hada se adapta mejor a la estructura de las cartas del juego.

Caperucita Roja

Había una vez una niña muy dulce y bonita a la que todos querían. Un día, su mamá le dijo: «Ven, Caperucita. Aquí tienes un pedazo de bizcocho, llévaselo a la abuela, que está enferma y débil; seguro que le sentará bien. ¡Y recuerda seguir siempre el camino, sin desviarte!».

«Sí, mamá, haré lo que me dices», le prometió Caperucita Roja. Pero la abuela vivía en el bosque, a una media hora de la aldea, y la niña, nada más llegar al bosque, se encontró con el lobo.

«¡Buenos días, Caperucita Roja!». «¡Buenos días, lobo!». «¿Adónde vas tan temprano?». «A ver a la abuela». «¿Y qué llevas en tu cesta?». «Un pedazo de bizcocho para la abuela, que está débil y enferma». «Y dime, ¿dónde vive tu abuela?». «A un cuarto de hora de aquí, en el bosque, bajo las tres grandes encinas; allí está su casa, seguro que la conoces», contestó la niña. Entonces el lobo se dijo: «Esta niña parece un bocado muy apetitoso, no te lo dejes escapar». Y se puso a andar por el camino al lado de la pequeña, mientras le decía: «¿Has visto cuántas flores preciosas hay en el bosque, Caperucita Roja? ¡Mira, mira a tu alrededor!». La niña levantó la mirada y, al ver los rayos del sol filtrarse a través de los árboles y que todo alrededor estaba lleno de preciosas flores, pensó: «Seguro que la abuela se alegrará si le llevo un ramo». Así que, corriendo, se alejó del camino para recoger flores.

En cambio, el lobo siguió hasta la casa de la abuela y, cuando llegó, llamó a la puerta. «¿Quién es?». «Soy Caperucita Roja, te traigo un pedazo de bizcocho, ¡ábreme!». «Entra -le contestó la abuela-. Yo me siento demasiado débil para levantarme». El lobo abrió la puerta, entró, rápidamente se acercó a la cama de la abuela y se la tragó de un bocado. Después se puso su ropa, se colocó su gorro y se metió en la cama.

Al cabo de un rato, Caperucita Roja llegó a casa de la abuela y vio que la puerta estaba abierta de par en par. Al entrar en la habitación, tuvo una extraña sensación... Se acercó a la cama y vio a la abuela, tapada hasta arriba y con el gorro cubriéndole la cara.

«Eh, abuela, ¡qué orejas tan grandes tienes!». «Son para oírte mejor, cariño». «Eh, abuela, ¡qué ojos tan grandes tienes!». «Son para verte mejor». «Pero abuela, ¡qué boca tan grande y terrorífica tienes!». «¡Es para comerte mejor!». Y el lobo se abalanzó desde la cama encima de la pobre Caperucita Roja y se la comió de un bocado. Después, con la barriga llena, el lobo volvió a meterse en la cama, se durmió y empezó a roncar ruidosamente.

Un leñador, que justo pasaba por allí en ese momento, al oír los ronquidos pensó: «¿Cómo es posible que una viejecita ronque de esta manera? Mejor echar un vistazo». Así que entró en la casa y, mirando hacia la cama, vio al lobo al que llevaba tiempo buscando. «Seguramente se haya comido a la abuela, pero quizá todavía pueda salvarla», se dijo. Cogió unas tijeras, le abrió la barriga al lobo y, tras dos cortes, vio a Caperucita Roja. Con dos cortes más, la niña salió gritando: «¡Qué miedo! ¡Qué oscura estaba la barriga del lobo!». Detrás de la niña salió la abuela, viva también.

Entonces Caperucita Roja fue a buscar unas grandes piedras con las que llenaron la barriga del lobo. Cuando este se despertó, intentó huir, pero las piedras pesaban tanto que enseguida cayó al suelo, muerto.

Los tres estaban contentos: el leñador, la abuela y Caperucita Roja, que se dijo: «No volverás a correr sola por el bosque, si mamá te lo prohíbe».



Hänsel y Gretel

Delante de un gran bosque vivía un pobre leñador que se había quedado viudo con dos hijos, Hänsel y Gretel.

El leñador era tan, tan pobre que no podía ni darles de comer a sus hijos. Una noche, su nueva esposa le dijo: «Si no quieres que nos muramos todos de hambre, dales a los niños un pedazo de pan y llévalos al bosque, enciende un fuego y déjalos allí». El leñador, en un primer momento, se negó a abandonar a sus hijos, pero su esposa insistió tanto que al final lo convenció.

A la mañana siguiente, el padre y la madrastra les dieron a los niños un trozo de pan y los llevaron al bosque. Allí, encendieron un fuego y los abandonaron, diciéndoles que tenían que ir a cortar más leña y que volverían a recogerlos al terminar. Sin embargo, pasó el día y nadie fue a buscar a los pobres niños. Al anochecer Hänsel consoló a Gretel y le dijo: «No temas, con la luz de la luna podré ver las migas de pan que tiré por la mañana; nos indicarán el camino a casa». Pero cuando Hänsel buscó las migas, no las encontró: ¡se las habían comido los pajaritos del bosque! Los dos niños siguieron caminando por el gran bosque, perdidos, hasta que vieron delante de ellos una casita hecha de mazapán, con las ventanas de azúcar transparente. «Nos sentaremos aquí y comeremos hasta que tengamos la barriga llena-dijo Hänsel-. Yo me comeré un trozo del tejado, tú, Gretel, cómete un trocito de la ventana: ¡está dulce!».

Pero cuando Gretel empezó a roer la ventana, una voz aguda gritó desde el interior: «¿Quién se está comiendo mi casita?». Los niños se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en la mano. Entonces una vieja salió de la casa y les dijo: «Queridos niños, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? Entrad, ¡bienvenidos!». Los tres entraron en la casita y la vieja les sirvió una deliciosa cena de leche con tortitas, manzanas y nueces; después preparó dos cómodas camitas blancas y Hänsel y Gretel se durmieron felices.

Pero la vieja era una bruja malvada que esperaba impacientemente la llegada de niños y, para atraerlos, había construido una casita de mazapán. Cuando un niño caía entre sus garras, ella la mataba, lo cocinaba y se lo comía. Para ella aquel era un gran día: ¡estaba realmente contenta de que Hänsel y Gretel hubiesen llegado hasta allí!

De buena mañana, antes de que los niños se despertasen, la vieja bruja se levantó, se acercó a las camitas y cogió a Hänsel para meterlo en una jaula. Después, la vieja despertó a Gretel zarandeándola y le dijo: «¡Levántate! Tu hermano está dentro de la jaula, quiero engordarlo para después comérmelo y tú tienes que alimentarlo». Gretel se asustó y lloró, pero tuvo que hacer lo que la bruja quería. Cuatro semanas después, una noche, la bruja le dijo a la niña: «Vete a buscar agua, rápido, porque mañana voy a cocinar a tu hermano». Gretel, en la cocina, lloraba a mares y pensaba: «¡Ojalá nos hubiesen devorado los animales feroces del bosque, al menos no tendría que soportar esta pena! ¡Dios mío, ayúdanos!». La vieja, que estaba cocinando el pan, le gritó: «¡Gretel, ven aquí!». Cuando la niña llegó, le ordenó: «Échale un vistazo al horno, a ver si el pan está bien cocido: mi vista es ya muy débil y no consigo ver hasta allí. Y si no llegas, te empujaré dentro, para que puedas ver mejor». La malvada bruja pensaba, después de empujar a la niña en el horno, encerrarla para comérsela a ella también.

Sin embargo, Dios le inspiró una idea a la niña y esta le contestó: «No sé cómo hacerlo, enséñamelo: siéntate ahí y yo te empujaré». La vieja se sentó y, como pesaba muy poco, Gretel pudo empujarla dentro del horno y cerrar la puerta. La vieja empezó a gritar y a quejarse del horno abrasador, pero Gretel la dejó allí y corrió hacia la jaula de Hänsel, le abrió la puerta y gritó: «¡Corre, Hänsel, somos libres!». Y entonces los dos niños, sanos y salvos, lloraron de alegría.



Cenicienta

Había una vez un hombre muy rico que, tras morir su esposa, volvió a casarse con una mujer muy soberbia y malvada. Esta mujer tenía dos hijas que se parecían en todo a ella. Por su parte, el hombre tenía una hija guapa y cariñosa, que era igualita que su buena mamá.

La madrastra, que le tenía envidia a la chica, decidió que la hija de su marido se encargaría de los trabajos más humildes de la casa. La pobre chica sufría con paciencia y, al terminar su trabajo, se sentaba al lado de la chimenea, entre la ceniza, por lo que las hermanastras la llamaban Cenicienta.

Un día, el rey organizó una gran fiesta porque su hijo, el príncipe, quería buscar esposa. Las hermanastras de Cenicienta también recibieron la invitación y, felices como pascuas, le ordenaron a la chica que les preparase sus ropas para el baile. Cenicienta tuvo que trabajar mucho para planchar su ropa y peinarlas, mientras ellas hablaban de lo que iban a ponerse.

Por fin llegó el día. Las hermanastras se fueron al castillo del rey y Cenicienta, que se había quedado en casa, empezó a llorar a mares. Su madrina, al verla llorar, le preguntó qué le pasaba: «Me gustaría... Me gustaría mucho...».

Pero lloraba tanto que no podía hablar. La madrina, que en realidad era un hada, le preguntó: «Te gustaría ir a la fiesta, ¿verdad?». «¡Oh, sí!», suspiró Cenicienta. «Escucha -le dijo el hada-, si te portas bien, te dejaré ir». Entonces se la llevó a su habitación y le pidió: «Vete al huerto y tráeme una calabaza». Cenicienta enseguida fue a buscar la calabaza más hermosa y se la llevó a su madrina, sin entender para qué podría necesitarla.

La madrina vació la calabaza, dejando solo la piel; después la tocó varias veces con su varita mágica y enseguida la calabaza se convirtió en un carruaje dorado. Después, el hada encontró unos ratoncitos y unas lagartijas y, con un toque de su varita, los convirtió en seis preciosos caballos, un cochero y seis lacayos. Entonces el hada le dijo a Cenicienta: «Ya está, ahora puedes ir a la fiesta: ¿estás contenta?». «Sí -contestó la muchacha-, pero ¿cómo voy a ir con esta ropa tan vieja?». Pero el hada la tocó con su varita y, de repente, sus viejos harapos se volvieron de oro y plata, cubiertos de diamantes. Además, le dio también un par de zapatitos de cristal, que eran los más bonitos del mundo. Después, Cenicienta se subió al carruaje, mientras el hada le recomendaba volver antes de las doce de la noche; si se hubiese quedado en el baile solo un minuto más, el carruaje volvería a convertirse en calabaza, los caballos en ratoncitos y los lacayos en lagartijas, y su vestido volvería a ser tan andrajoso como siempre. Cenicienta le prometió al hada volver antes de las doce y se fue al castillo, tan feliz como nunca lo había estado antes.

El príncipe, avisado de la llegada de una preciosa princesa desconocida, corrió a su encuentro. Le ofreció su mano para ayudarla a bajar del carruaje y la condujo hasta el salón en el que se encontraban todos los invitados. En el salón, cayó el silencio y la música se paró: todo el mundo se quedó sin palabras frente a la belleza de aquella chicha, incluidas sus hermanastras, que no la reconocieron.

El príncipe acomodó a Cenicienta en el sitio de honor y la cogió de la mano, invitándola a bailar, y ella bailaba con tanta gracia que cada vez levantaba más admiración. Pero cuando la chica oyó dar las once y tres cuartos, enseguida hizo una gran reverencia y se fue corriendo todo lo rápido que podía. Al huir, uno de los zapatitos de cristal se le cayó y el príncipe lo recogió.

El joven, que ya se había enamorado de ella, anunció que se casaría con



la muchacha cuyo pie cupiese perfectamente en ese zapatito. Así que empezaron a probárselo las princesas, las duquesas y toda la corte, pero ninguna chica consiguió calzarse el zapatito.

El zapatito también fue llevado a casa de la madrastra, donde sus dos hijas hicieron todo lo posible por meter sus pies, pero ellas tampoco lo lograron. Cenicienta, que las miraba y había reconocido su zapatito, dijo riéndose: «¡Dejad que me lo pruebe yo también!». Al oírla, las dos hermanas empezaron a reírse y a burlarse de ella.

Sin embargo, el caballero encargado de probar el zapatito miró a Cenicienta y, encontrándola muy hermosa, contestó que él tenía la orden de probárselo a todas las chicas. Le pidió a la chica que se sentase y, cuando colocó el zapatito en su pie, pudo ver que se le ajustaba perfectamente.

La sorpresa de las hermanastras fue enorme, pero se quedaron realmente boquiabiertas cuando vieron que Cenicienta sacaba el otro zapatito y se lo calzaba también. Entonces llegó el hada: con un toque de su varita transformó la ropa de Cenicienta en un vestido bonito todavía que el anterior. Al verla, las dos hermanas reconocieron en ella a la hermosa princesa del baile y se tiraron a sus pies, pidiéndole perdón por todos los malos tratos que le habían hecho sufrir.

Cenicienta hizo que se levantasen y las abrazó, las perdonó y les pidió que la quisieran siempre. Entonces fue a ver al príncipe, que la encontró más hermosa todavía y que, en unos días, se casó con ella.

El gato con botas

Había una vez un molinero que tenía tres hijos, un burro y un gato. Cuando el molinero se murió, los tres hijos se repartieron la herencia: al mayor le tocó el molino, al segundo el burro y al tercero el gato, porque tampoco quedaba mucho más. El joven, triste, murmuraba para sí: «Me ha tocado lo peor: mi hermano mayor podrá moler, el otro montará al burro y yo ¿para qué quiero un gato? ¿Para fabricarme unos guantes de pelo?».

«Escucha -le dijo el gato, que lo había oído todo-. No merece la pena matarme. Fabricame un bonito par de botas, para que yo pueda ir por ahí a que me vea la gente; ¡verás que no te arrepentirás!». El hijo del molinero se sorprendió al oír hablar al gato pero, como pasaba por allí un zapatero, le pidió que le preparase un par de botas.

En cuanto estuvieron listas, el gato se las calzó y salió de casa, caminando sobre dos patas como un ser humano.

En aquella época, reinaba un rey al que le encantaban las perdices, pero nadie conseguía atraparlas. El gato preparó una trampa: abrió un saco de trigo en el bosque y, cuando las perdices se lanzaron a picotear los granos, tiró del cordel y atrapó a las aves en el saco. Después, se echó el saco al hombro y se dirigió hacia el castillo.

El gato se presentó ante el rey y le dijo: «Majestad, mi amo, el marqués de Carabás, os manda sus saludos y os envía estas perdices recién cazadas». El rey, contentísimo por ese regalo, le dio las gracias al gato, llenó el saco de monedas de oro y le pidió: «Llévale esto a tu amo y agrádecele su apreciado regalo».

El pobre hijo del molinero, que se había quedado en casa solo y triste, al ver volver al gato con ese saco lleno de oro, no podía creerse lo que veían sus ojos. «Ahora tienes algo de dinero, pero no acaba aquí -dijo el gato-. Mañana te haré todavía más rico».

Al día siguiente, al gato volvió a ponerse las botas y a salir. Se enteró de que el rey estaba yendo al lago con la princesa, su hija, y enseguida fue corriendo a ver a su amo y lo convenció para que saliera. «Si quieres convertirte en un rico marqués, ¡ven conmigo hasta el lago y tírate al agua!». El joven, que al principio no entendía muy bien, le obedeció a su gato, se quitó la ropa y se tiró al agua. El gato, mientras tanto, escondió la ropa detrás de un matorral.

En ese momento, pasó un carruaje con el rey y la princesa y el gato exclamó: «Majestad, ¡le han robado la ropa a mi amo, el marqués, que está en el agua y no puede salir! Sin su ropa, ¡se morirá de frío!». Al oír esas palabras, el rey les ordenó a sus sirvientes que le llevaran ropajes reales. El marqués se puso la ropa y, como el rey se acordaba del regalo de las perdices, lo invitó a subir a su carruaje.

Mientras tanto, el gato se fue corriendo más adelante y llegó hasta un gran campo. Les preguntó a los campesinos de quién era ese campo y estos le contestaron: «Del mago ogro». «Escuchad -les dijo el gato-, ahora va a pasar el rey, si os pregunta de quién es este campo, tenéis que contestarle que es del marqués; si no, os matará a todos». Después, siguió corriendo hacia delante, hasta un campo de trigo, donde había más de doscientos segadores y les preguntó: «¿De quién es este campo de trigo?». «Del mago ogro». «Escuchad, está a punto de pasar el carruaje del rey. Si os pregunta de quién es este campo de trigo, tenéis que contestar que es del marqués; si no, os matará a todos».



Al final, el gato llegó a un bosque, donde había más de trescientos leñadores y les preguntó: «¿De quién es este bosque?». «Del mago ogro». «Escuchad -dijo el gato-, va a pasar el carruaje del rey. Si os pregunta de quién es este bosque, tenéis que contestar que es del marqués; si no, os matará a todos». Todos se quedaron boquiabiertos y el gato siguió hasta el castillo del mago ogro, donde entró muy seguro diciendo: «Dicen que puedes convertirte en cualquier animal, a ver si puedes transformarte en un elefante». «Eso no es nada», contestó el ogro, que enseguida se transformó en elefante. «¿Y en un león?», preguntó el gato. «¡Hecho!», contestó el ogro. «¡Es increíble!», exclamó el gato, que añadió: «Pero, si quisieras transformarte en un ratoncito, ¿sabrías hacerlo?». «¡Claro, también puedo hacerlo!», y el ogro, ya en forma de ratón, empezó a correr por toda la sala. Entonces, el gato se lanzó a por él y se lo comió de un bocado.

Mientras tanto el rey, que durante el viaje, preguntándole a la gente, había podido admirar todas las tierras del marqués, llegó al castillo del ogro, donde encontró al gato esperándolo: «Alteza, habéis llegado al castillo de mi señor el marqués, que os agradece la visita». El rey se bajó junto a su hija la princesa y, admirado por aquel magnífico palacio y por todas las posesiones del marqués, subió las escaleras hasta el salón. Aquí, la princesa se prometió con el marqués que, tras la muerte del viejo rey, se convirtió en el nuevo rey, mientras que al gato con botas lo nombraron primer ministro.

Los músicos de Bremen

Un hombre tenía un burro, que llevaba los sacos de trigo al molino sin quejarse nunca, hasta que empezó a perder las fuerzas y su amo pensó en deshacerse de él. El burro se dio cuenta y se escapó. Cogió el camino de Bremen, pensando que en aquella ciudad podría ser músico autorizado. Por el camino, se encontró con un perro de caza jadeante. «Eh, amigo, ¿qué te pasa?», le preguntó el perro. «Ay -le contestó el burro-, como me estoy haciendo viejo, mi amo ha decidido abandonarme, porque ya no puedo ir de caza; así que me he ido, pero ¿de qué voy a vivir ahora?». «Ven conmigo -le dijo el burro-. Yo voy a Bremen para ser músico. Yo tocaré el laúd y tú la trompeta». El perro aceptó y los dos nuevos amigos volvieron a emprender el camino, hasta que vieron a un gato que estaba en la orilla del camino con aire muy triste. El burro le preguntó: «¿Qué te pasa?». «Ah -contestó el gato-, es imposible estar contento cuando quieren acabar contigo. Como empiezo a envejecer y me cuesta cazar a los ratones, mi ama ha decidido ahogarme; así que me he escapado, pero ahora no sé qué hacer...». «¡Vente con nosotros a Bremen! Tú sabes cantar y puedes unírte a nuestra banda», exclamó el burro. El gato estuvo de acuerdo y se puso en marcha junto a sus dos compañeros. Los tres llegaron al patio de una casa, donde vieron a un gallo que cantaba a grito pelado. «¿Por qué cantas tan fuerte, gallo? ¿Qué te ha pasado?», le preguntó el burro. «Hoy hace bueno, pero mi ama le ha dicho a la cocinera que mañana quiere comerme en un caldo, así que esta noche van a retorcerme el pescuezo. Por eso canto... ¡canto mientras puedo!». «Escucha, cresta roja, lo mejor es que te vengas a Bremen con nosotros. La voz no te falta y si quieres, además, puedes tocar el tambor», le dijo el burro. Al gallo le gustó su propuesta, así que los cuatro retomaron el viaje. Al caer la noche, decidieron dormir en un bosque: el burro y el perro se acomodaron bajo un árbol, y el gato y el gallo sobre sus ramas. Después, el gallo voló hasta la cima, porque le parecía que ese era el lugar más seguro. Desde allí, vio una luz a lo lejos y pensó que si había una luz tenía que haber una casa también. Así que aviso a sus compañeros y los cuatro se encaminaron hacia esa luz. Cuando llegaron frente a la casa, el burro se acercó a la ventana y miró adentro. «¿Qué veo? Veo una mesa preparada con muchos manjares y unos bandidos que se los están comiendo. Ay, ¡ojalá estuviésemos nosotros en su lugar!», dijo el burro. Entonces, los cuatro amigos hablaron y decidieron tratar de ahuyentar a los bandidos. El burro se apoyó en la ventana con sus patas y encima de él se subió el perro, el gato trepó encima del perro y el gallo voló sobre la cabeza del gato. A la señal, todos empezaron con su música: el burro rebuznó, el perro ladró, el gato maulló y el gallo cantó. Después, decidieron entrar en la casa y los bandidos, asustadísimos, huyeron, pensando que había entrado un fantasma. Los amigos se pusieron a la mesa y se lo comieron todo en un plis. Entonces los cuatro amigos, que estaban cansados por su largo viaje, se fueron a dormir y cada uno de ellos escogió la cama más cómoda para sus necesidades. El burro se tumbó en el estercolero, el perro detrás de la puerta, el gato sobre las cenizas del fuego y el gallo sobre una viga. Mientras tanto, los bandidos se arrepintieron de abandonar la casa, por lo que el jefe ordenó que uno de ellos fuese a echar un vistazo.



El explorador se encontró la casa silenciosa y, al entrar, vio los ojos del gato. Los tomó por brasas encendidas y les acercó una cerilla. Al gato no le gustó nada y se abalanzó sobre él, arañándole la cara.

El hombre, asustado, trató de huir por la puerta de atrás, pero en su camino se encontró al perro, que le dio un buen mordisco. Al cruzar el patio, donde estaba el estercolero, el burro le lanzó una coz y el gallo, asustado por todo ese jaleo, chilló desde su viga. El bandido, aterrado, se fue corriendo y volvió con sus compañeros, a quienes contó: «En esa casa hay una bruja terrible con unas uñas afiladísimas, que me ha arañado la cara. En la puerta, un hombre armado con un cuchillo me ha apuñalado la pierna y en el patio un monstruo grandísimo me ha pegado con un bastón. Además, desde el tejado el juez gritaba: "¡Traedme al bandido. ¿Qué otra cosa podía hacer si no huir lo más rápido posible?". Desde entonces, los bandidos no volvieron a entrar en aquella casa y los animales se quedaron a vivir allí.